

## SALUDO LEONES A LOS REYES DE ESPAÑA



MAJESTADES:

El día 5 de octubre pudisteis comprobar cómo León —no ya la Ciudad sino el pueblo leonés, el espíritu entero de la provincia, que se congregó en vuestro encuentro— os hacía ofrecimiento de sus más entrañados afectos. Considerad aquellas manifestaciones como un hecho enraizado en nuestra más sustancial naturaleza. No puede ser de otra manera porque los leoneses no somos dados a extraversiones circunstanciales ni a sentimientos sin motivación profunda.

Vivisteis con nosotros un día de significación regional, un día en que nos reconocemos especialmente leoneses; es nuestro día patronal en el calendario religioso. Ahora, ya sabemos que los Reyes de España también sintieron su corazón cargado de leonesismo. Esto es muy importante para nosotros, porque sabed que el leonesismo no es una noción abstracta sino una manera de vivir que alcanza al tratamiento de la realidad, a la responsabilidad ante los problemas que nos afectan y reúnen, y una viva señal de nuestra propia identidad.

En las horas que estuvisteis con nosotros, pudisteis respirar el aire fraterno y vivir el espacio común de la que es la Casa de la Provincia. Esta, en la pequeñez de su ámbito, hubo de albergar algo tan grande como es el ánimo de todo un pueblo. Llegasteis a confirmarnos vuestra voluntad de ser nuestro Rey en la etapa histórica que vos mismo habéis abierto, y, para esta Casa —permitidme, Señor, que me exprese ayudado por la autoridad del tópico— el día 5 de octubre de 1978 fue “la más alta ocasión que vieron los siglos”.

Y me refiero a los siglos que pesan en los fundamentos de esta misma arquitectura genialmente soñada por el Maestro Gil de Hontañón, iniciada por hombres de cuya nombradía somos herederos, y llevada a realidad amplia con reciente esfuerzo que, quizá porque en todos los actos humanos es posible advertir la mano previsora de Dios, estaba acompañado por el designio de que estuvieseis con nosotros en el que fue su primer día de vida realmente histórica.

La Historia de España está largamente firmada con nombres que son títulos de nuestra personalidad y documentación de nuestra naturaleza. Desde la romanidad, que Isidoro contemplara ya como Hispanidad, hemos sido cuna de hombres de bien y de honor, ilustres en el gran libro del tiempo, y de hombres cuyo anonimato nos ennoblece en la profundidad de la conciencia colectiva.

Todos estos hombres hicieron a León y, en una extraña adivinación comunitaria, lo hicieron sabiendo que hacían también a España. Permitidme, Majestades, que, dentro de este saludo, prologal en unas páginas dedicadas a la conmemoración de vuestra visita, os recuerde esta vieja ejecutoria.

Autorizadme asimismo para que, de una manera cuya brevedad ha sido ya salvada por la atención que dispensasteis a la expresión de nuestras inquietudes, atención de la que, sobre los pliegos que seguirán, queremos dejar agradecida constancia, os recuerdo la realidad en que esta misma vieja ejecutoria se traduce cuando ya está cercana la conmemoración del tercer año de vuestro reinado, y cercano también el día en que, gracias a vuestro impulso, España se afirmará en la justicia social, en la paz y la libertad, constituidas en norma de convivencia de todos los españoles.

León, desde la Cordillera Cantábrica hasta los Campos Góticos, del oriente al occidente de sus límites provinciales, en toda su extensión montesina o mesetaria, es tierra rica en propósito de trabajo y en recursos naturales, unas veces ocultos en las entrañas de la tierra, y, otras, visibles en la superficie de sus campos.

Esta riqueza espera ahora ser llevada a plena contribución en la tarea común de la prosperidad de España. Nuestra provincia proporciona más de la mitad de la antracita que se produce en la nación, pero la industria extractiva no cuenta con los recursos necesarios para su estabilidad; León exporta más de las tres cuartas partes de su producción de electricidad, y ello quiere decir que no poseemos una industria capaz de consumir más; nuestras comarcas y áreas deprimidas están siendo objeto de planes especiales, pero aún, para llevarlas a una dignidad plena en su estilo de vida, han de recibir ayudas sustanciales; el perfil y la utilidad de nuestra capacidad de regadío todavía tienen lejanas sus metas potenciales; nuestros campos, nuestros cultivos y nuestra ganadería, han de perfeccionar su estructura productiva para cumplir con sus posibilidades reales; estamos esperando —con esperanza, con intuición de cercanía, es cierto— la creación de nuestra Universidad...

Hemos trabajado y hemos creado, pero aún deseamos trabajar y crear más bajo vuestro reinado. Las virtualidades de nuestra provincia no son aún un presente realizado. Cada día está con nosotros la tristeza y el recuerdo de muchos hombres que, en los pasados años, han tenido que abandonar su hogar para encontrar un puesto de trabajo; cada día comprobamos que nos faltan instrumentos para recuperar a estos hombres, y, también cada día, nos decimos que es precisa y únicamente el desarrollo de nuestra potencialidad productiva lo que nos permitirá recuperarlos.

Majestades: cuanto aquí queda dicho, os lo aseguro, no es una expresión personal; es algo que está diciendo toda una provincia. A quien firma este saludo, le corresponde asumir esta voz en la que hay un timbre de voluntad constructora, de seguridad en nuestras capacidades, y, sobre todo, de confianza en el futuro que representan los Reyes de España.

Que Dios os acompañe en vuestro esfuerzo; que El ayude a vuestros deseos. En ello ciframos nuestra esperanza, nuestra firmeza ante el porvenir.

Esto es lo que queríamos volver a deciros. Gracias, Majestades, por haber venido a León. Gracias también por haber vivido unas horas entre los muros de la que es la Casa de la Provincia.



EMILIANO ALONSO S. LOMBAS  
Presidente de la Diputación de León